

## *Una juventud*

Antonio Martínez Sarrión

Alfaguara, 1997, Madrid

Ahora, en la distancia, no puedo ver más claro. Entre que no fui ni mucho menos un asiduo de su tertulia, ni pertenecí al pequeño círculo de sus amigos íntimos, la cada día que pasa más agigantada figura tanto humana como intelectual y artística de Miguel Espinosa hube de construirla a posteriori y tal como se hace con un puzzle. Esto sucedió muchos años después de mi marcha de Murcia y tras la lectura detenida y recurrente de sus textos y cartas y de los juicios críticos vertidos sobre ellos. Hoy ya constituye casi un lugar común admitir que Espinosa era la criatura más lúcida e inteligente que alentaba en todas aquellas luminosas tierras del sureste español.

¿Quién no lo hubiera podido suponer al verlo cruzar por la Trapería un poco vacilante, como en intensa conversación consigo mismo, cargado de hombros, el corte de pelo de clérigo o fraile menor, la indumentaria gris, la camisa oscura y una algo más que lustrosa gabardina de color humo? ¿Quién habría reparado en que aquella mirada distraída, soñolienta, aquellos ojos velados por unos finos lentes schubertianos que en ocasiones parecían los clásicos del sabio atómico de chiste papando moscas y en muchas otras los del pasmado al borde de alguna benigna modalidad de oligofrenia, cuando uno se fijaba un poco más -¡y claro que podía fijarse!-, en una milésima de segundo reflejaban en su fondo el más fustigador de los relámpagos o, sintonizados con aquella boca fina, ávida, lobuna, que desbordaba silenciosas burlas o reticencias, valían tanto como el golpe de *knut* mejor y más oportunamente administrado?

¿Ocurriría que aquel hombrecillo no era menos que el genio tutelar, el nada aciago demiurgo que, como alguno de los varones justos veterotestamentarios, garantizaba la supervivencia de toda una ciudad, sin que me importe mucho caer ahora en la más extremada de las *hybris* al atreverme a conjeturar que Murcia alentaba (poco y mal, pero alentaba) gracias a que Miguel, de algún piadoso modo, se había negado a dejarla hundirse del todo, a aceptar que sus habitantes nos empozáramos para los restos en aquella piojera, en el grado más ínfimo de un filisteísmo degradado y degradante?

Miguel ya se había licenciado en Derecho antes de que yo llegara y, al contrario de la mayoría de los graduados, se buscó la vida al margen de la universidad, del bufete o del casi obligado calvario de las oposiciones. Sus oscuros corretajes en el ramo del comercio exterior de cítricos y en otras intermediaciones supongo que nunca le colmaron de dicha, pero no hay que excluir que, incluso en esas lides y dada la universal curiosidad del escritor y su cortesía un poco oriental, no se sintiera del todo a disgusto. Sin embargo, con aquel talante suave y educado forcejeaba un núcleo apasionado y cálido hasta lo eruptivo. Miguel llevaba una vida oscura y modesta y suponemos que algo rutinaria, es decir, la típica del representante medio con familia, pero, a la vez, era el punto de referencia imprescindible para una piña de fervorosos que lo consideraban, como en verdad era, una especie de “diablo cojuelo” de la ciudad y el país, un flagelo de las respetabilidades falsas, de perspectivas raigales y con un verbo subyugante por su vigor, coherencia, riesgo y belleza acerca de los humanos y su mundo. Su gusto por los mayores escritores del barroco le venía del medio, pero sin duda en él fue ahondado por contagio de las finas prestidigitaciones tiernistas. Su oído literario le llegaba a través de la fascinación por aquellos estilistas del idioma que estaban más próximos a su luz natal, con una clara preminencia de Azorín sobre Gabriel Miró. Aunque, más que con la literatura de su época o inmediatamente anterior, el estilo de Espinosa se forjó en el trato continuo con pensadores puros, filósofos a palo seco, historiadores o tratadistas políticos o jurídicos con empaque teórico y dicción suficiente.

Pero aquí, por descontado, no se trata de husmear en la arqueología formativa y cara al gran escritor murciano ni de ponderar su talento como fabulador originalísimo, pensador y moralista, pues ya se ha hecho y hará muy bien en el futuro, sino de apuntar su difuso impacto sobre mí como residente en la ciudad y con la perspectiva del tiempo transcurrido.

El Miguel demónico, suscitador de cuestiones con un perfil intelectual entre socrático, brechtiano, spinozista y algo jesuítico por su contagio de cierta y muy estilizada retranca huertana era el Miguel del escondido café Santos, donde, ya estuviera la noche suave y perfumada o fría y lluviosa, podías encontrarlo en su rincón rodeado de los fieles y de cuantos acudieran a compartir mesa y charla, por bodoques, incómodos u obtusos que resultaran. Algún que otro mastuerzo podía constituir por otro lado la más perfecta pared de frontón para los volatines verbales, juegos paradójicos o sutilísimas y divertidas sátiras y parodias espinosianas. Y es que, en su ágora cafeteril, Espinosa lo

mismo departía con sus íntimos –Mercedes Rodríguez, Antonio Abellán o Paco Guerrero entre otros- que con el estudiante recién matriculado o con habituales del área del Hogar Femenino, particularmente Ceferino Moreno o un hermano de éste, tipo bastante notable que iba para diplomático. Porque al igual que Tierno en Salamanca y sobre todo en Madrid durante algunas épocas, Espinosa preparaba a estos opositores o jugaba a que lo hacía en temas de cultura general y muy en concreto el referido a uno de sus intereses primeros: el mundo de la antigüedad clásica, con muy intencionados paralelismos, inflexiones y contrastes contemporáneos. Otros contertulios en aquella época, por lo que yo observé o me contaron personas más asiduas, eran los hermanos Farias, uno de los cuales, Pedro, creo recordar que impartía clases de Formación del Espíritu Nacional, o sea, detritus ideológicos franquistas en alguna facultad. Hombre rígido hasta corporalmente y no poco irritable y suspicaz, Farias era falangista y andaba ennoviado con la hija mayor del rector Batlle, uno de los blancos favoritos, con Calzada, de la sutil mordacidad de Miguel.

La batalla en que este creador estaba empeñado pasaba por la exigencia de ser coherente, tanto en el terreno lingüístico como en lo moral, simétricos e interrelacionados para él y donde los factores expresividad e imaginación, en este orden, eran centrales. En el plano de las ideas, Espinosa se movió entre el albor de la filosofía analítica y el funcionalismo sociológico y un radicalismo político de matriz latamente izquierdista. Se ha escrito y declarado por sus íntimos y los estudiosos de su obra que leyó a fondo el *Tractatus* de Wittgenstein, como supongo que antes o después de los cincuenta leería a Marx, aunque sería difícil considerarlo marxista ortodoxo ni marxista siquiera. A los “lógicos”, en línea con un ensayo entonces en candelero de André Maurois, contraponía la grey de los “mágicos”, satirizados en su totalidad: en ese cesto tenían cabida desde los fascistas hasta los católicos, desde los apocalípticos de entreguerras hasta los estetas, desde los vociferantes hasta los extáticos, sin que jamás sucumbiera a la tentación idealizadora en la que tantos jóvenes fogosos caíamos. Espinosa, hombre sin partido a lo que parece y de una independencia salvaje en todo el abanico social y cultural, sólo mostraba respeto por los pobres sin voz, por los “humillados y ofendidos”, siempre que estuvieran a salvo del servilismo y el afán histérico por trepar y desclasarse a cualquier precio. De no ser así, constituían el blanco más alto de sus odios. Experimentaba auténtica repulsión, a causa de su rapacidad, hipocresía, ostentación y dureza de corazón, por los burgueses en todos sus escalones.

Su obra, tan rica y compleja, con tanto sabor de lengua, tantos meandros y sorpresas, es tajante, condenatoria y sin fisuras en tal terreno ético. Su gusto por el rigor y su desvío del marxismo de “misa y olla”, que entonces se extendía por las capas cultas, no le hizo caer en cualquier especie de legitimación conservadora, cínica u oportunista.

La última vez que hablé con Miguel fue en Madrid y debió de ocurrir hacia el año 72 o 73. Me lo topé a media mañana en los alrededores de la Embajada británica, pues en aquellos días paraba en cierta pensión de la calle Orfila. Entramos en una cafetería y, en su tono sonriente, atento, algo susurrado y falsamente dormido de costumbre, se interesó por mis andanzas después de tantos años. Fue muy gustoso volver a los recuerdos de Murcia, pero mi memoria guarda una muesca muy potente del magistral y rápido relato que aquel hombre me hizo conectado al reciente encuentro con emigrantes españoles, paisanos suyos, que volvían tras años de trabajar en la República Federal de Alemania. Espinosa les incitó a hablar y cuando adquirieron la libertad suficiente para sincerarse se produjeron, sin duda con disculpable exageración, en estos términos que al escritor no dejaban de hacerle mucha gracia: “Don Miguel, allí, ¡tos fascistas!”. Más allá de sus fobias políticas es posible que a Espinosa aquel modo tan expedito de los currantes murcianos o almerienses le llevara a un plano o emblema universal en el que sin demasiada violencia se integraban dos componentes nucleares de su propia manera de funcionar: el exceso y desbordamiento barrocos y una muy concreta y expresiva retranca socarrona de raíz campesina que él cultivaba mucho como eficaz vacuna ante cualquier asomo de pedantería o engolamiento. Por fin su impar y un poco arcaizante estilo literario, como en los casos de Sánchez Ferlosio, García Calvo o Benet, coetáneos suyos y únicos hombres de letras a los que yo considero sus pares en la moderna prosa castellana, pudiera entrañar, entre otras virtudes, la de constituir un lucidísimo subrayado indicativo de distancia y decoro moral que intentara obstaculizar o al menos avisara a los navegantes acerca de derivas chapuceras, escamoteos e irresponsabilidades del todo inadmisibles para quien pone la pluma sobre el papel y hace públicos su pensamiento y sensibilidad, respetándose y respetando al otro, sea cual fuere el número de los receptores,, que eso es secundario.

Con el transcurso de los años y a partir de los primeros sesenta, muchos de los íntimos de Espinosa, incluida la central Mercedes Rodríguez –la Azenaya de sus libros-, fueron desapareciendo de Murcia. También lo hizo Espinosa empujado por su muy precaria situación económica, instalándose en Madrid en Madrid de 1961 a 1964. Pero

terminó volviendo a su ciudad y, por ley de vida, hubo de relacionarse con nuevas promociones de escritores y curiosos. Sus amigos de los últimos años han prestado emocionantes testimonios, destacando los de dos autores murcianos hoy cuajados como son el poeta Eloy Sánchez Rosillo, el cual le dedicó tras su muerte un poema de escalofrío titulado *El eremita*, y el narrador Pedro García Montalvo. Del último me impresionó de forma dolorosa el relato de aquel momento en la conversación de ambos, maestro y discípulo, mientras paseaban meses antes de la muerte de Miguel, en que éste, utilizando “ese tono de tristeza apacible que había a veces en sus palabras”, sin mirar a su joven interlocutor, musitó: “Pedro, la vida es bufa”. Ese desaliento que no puede ser calificado más que de nihilista, por transitorio que fuera en boca de un hombre tan firme intelectual y éticamente, tan bien pertrechado en esos terrenos, a mi juicio agrega a la figura de Espinosa una capa adicional de complejidad, riqueza y espesor humanos.

Con el tempo necesariamente pausado que se impone en una obra de verdad grande a la hora de su propagación y contagio osmótico en el imaginario social, estoy convencido de que la de Miguel tendrá un efecto adicional: Murcia habrá adquirido la profunda muesca, el soberbio estatuto literario que su escritor más alto le imprimió sin apenas nombrarla ni describirla. Será imposible apresar sin Espinosa al *daimon* esencial de ese ámbito, como no es supponible atrapar el de Dublín sin Joyce, el de Buenos Aires sin Borges, el de Lisboa sin Pessoa, el de Alejandría, Atenas o Estambul sin Cavafis, el del País Valenciano o Sueca en concreto sin Fuster o el del Ampurdán sin Josep Pla. Él fue el poeta de su ciudad, casi invisible para sus coetáneos y paisanos. Orfebre ensimismado y solitario buscando el mayor esplendor que a su lengua le fuera dado agregar, la providencial gestión de Horacio Capel con José Batlló, el cual se decidió a publicar *Escuela de mandarines* en 1974, tras un grotesco calvario de rechazos editoriales, marca un hito en las letras españolas contemporáneas. Lenta pero imparablemente comenzaría a extenderse el pasmo en tanto el autor, con el flequillo de novicio francisco, ligeramente encorvado, con engañoso despiste y el finísimo pliegue zorruno en los labios, gastaba los adoquines, criaba a los hijos, ingería tazas de café, desentrañaba volúmenes de Guillermo de Ockham, emborronaba cuartillas hasta la madrugada, mientras se colmaban los ceniceros e inquiría y se extrañaba frente a y con sus amigos en el rincón de un café que en su cabeza siempre sería el Santos, clausurado también antes de su muerte y al que algunas noches yo acudía a oírle y desarnarme, hace ahora la friolera de cuarenta años.